

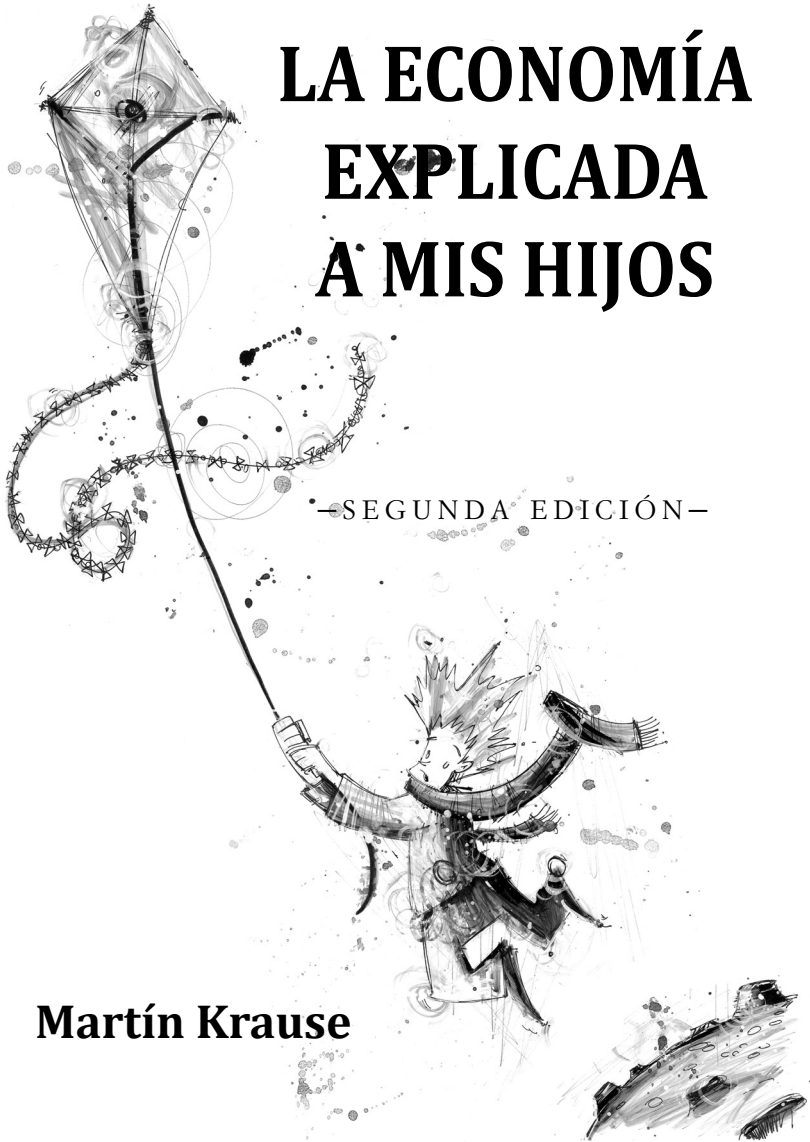


Atlas Libertas

LA ECONOMÍA EXPLICADA A MIS HIJOS

—SEGUNDA EDICIÓN—

Martín Krause



© 2016 Martín Krause
© 2016 Grupo Unión
© 2016 UNIÓN EDITORIAL, S.A.
© 2024 UNIÓN EDITORIAL, S.A. [Segunda edición]
c/ Hilarión Eslava, 21, local - 20015 Madrid
Tel.: 913 500 228
Correo: editorial@unioneditorial.net
www.unioneditorial.es

ISBN: 978-84-7209-924-1
Depósito legal: M. 8..365-2024

Coordinación editorial Rodolfo Distel (@rdistel)
Composición por #MCHFS
Arte de tapa e ilustraciones #Arghoost
Impreso por EL BUEY LIBERAL, S.L.

Printed in Spain • Impreso en España

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por las leyes que establecen penas de prisión y multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran total o parcialmente el contenido de este libro por cualquier procedimiento electrónico o mecánico, incluso fotocopia, grabación magnética, óptica o informática, o cualquier sistema de almacenamiento de información o sistema de recuperación, sin permiso escrito de UNIÓN EDITORIAL, S.A.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*A mi mujer, Ana, y a mis hijos Mora, Nicolás,
Catalina, Francisco y Vera*

*Mi más sincero agradecimiento
a María Fasce, que fue la primera en
interesarse en este libro y de quien recibí
tan sólo buenos consejos y sugerencias;
y a Mercedes Sacchi, quien con paciencia
revisó todo el texto y llevó a cabo la
ardua tarea de corregir mis errores.*

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	9	
UNO: DE LA ÉTICA A LA ECONOMÍA		
Smith, Mises y Borges.....	17	
El libre albedrío	19	
Individualismo metodológico	22	
DOS: LA ACCIÓN HUMANA.....		29
«Volver de Jauja» y el asno de Buridan	29	
El asno de Buridan	37	
TRES: LA DIVISIÓN DEL TRABAJO		
Adam Smith y Robinson Crusoe.....	41	
Más satisfactorio.....	44	
Egoísmo y acción humana	45	
Decisiones solitarias.....	46	
La huella de Viernes	48	
La división del trabajo	48	
CUATRO: LA COOPERACIÓN SOCIAL		
La Ley de Asociación y el compañero Patafólica	55	
La Ley de Asociación o ley de ventajas comparativas	57	
El lenguaje y el compañero Patafólica	59	

CINCO: LA TEORÍA DEL VALOR

Hans Christian Andersen y Ricardo III.....	65
¡Un caballo! ¡Un caballo!	
¡Mi reino por un caballo!	77

SEIS: EL DERECHO DE PROPIEDAD

El principito y Don Quijote	81
El origen de la propiedad.....	89

SIETE: LOS CONTRATOS Y EL MERCADO

El señor Micawber.....	97
------------------------	----

OCHO: LA MONEDA

Cándido y la ciudad de Fortuna.....	105
Lo mismo hace el buitre.	115
El sistema bancario	123
Los gobiernos y la moneda.....	125

NUEVE: EL AHORRO Y LA INVERSIÓN

Shakespeare y Scheherazade	131
El ahorro	137
El interés	140

DIEZ: EL EMPRENDEDOR, LAS GANANCIAS Y LOS SALARIOS

Edgar Allan Poe y «El escarabajo de oro».....	149
Las ganancias	162
¿Y los salarios?.....	167

ONCE: EL PAPEL DE LA INFORMACIÓN

O'Henry y los regalos perfectos.....	175
El papel de los precios.....	182
El cálculo económico.....	184
Ruido en las comunicaciones.....	188

DOCE: LA COMPETENCIA

Alicia y Nicholas Nickleby.....	195
El monopolio de los buñuelos.....	201

TRECE: EL COMERCIO INTERNACIONAL

Simbad el Marino.....	211
El origen de las compañías.....	219
Barreras al comercio.....	221

CATORCE: PROBLEMAS DE LA ACCIÓN COLECTIVA

Tolkien y el granjero de Ham.....	231
-----------------------------------	-----

QUINCE: LA RAZÓN DE LAS NORMAS

Rabelais, Pangloss y Gargantúa.....	245
-------------------------------------	-----

DIECISIS: EL ANÁLISIS ECONÓMICO DE LA POLÍTICA

Cervantes y Sancho Panza.....	257
El lobby.....	268

DIECISIETE: LA INFLACIÓN

Heidi y Hans Christian Andersen.....	273
La teoría cuantitativa del dinero.....	280
La tormenta cambió los carteles.....	282

DIECIOCHO: EL GASTO PÚBLICO

Fausto y Príncipe y mendigo.....	291
Impuestos.....	293
Deuda	299
Venta de activos.....	304
Ingresos propios.....	305
Emisión de moneda.....	306
La eficiencia del gasto público.....	309

DIECINUEVE: MERCADOS O JERARQUÍAS

El señor de los anillos, George Orwell y Gulliver	315
El cálculo económico en las organizaciones.....	327
El contrato de agencia.....	332
Administradores y accionistas como agente y principal.....	333
El control a los administradores	337
Ordenes e incentivos.....	341

EPÍLOGO	345
BIBLIOGRAFÍA CITADA Y DE REFERENCIA.....	349
BÍOGRAFÍA	361

INTRODUCCIÓN

Actores y profesores tienen algo en común: ambos están obligados a transmitir lo que saben ante una audiencia, deben llegar a ella con su mensaje realizando una «actuación» que puede ser más o menos decorosa o directamente un fracaso. Al margen de los contenidos de cada obra en particular, o de cada materia, ha de establecerse una comunicación entre el actor o profesor y su auditorio.

Hay diferencias, por supuesto. El profesor tiende a dar prioridad al argumento racional, busca la comprensión de su alumno; el actor puede, y en casi todos los casos debe, transmitir un sentimiento. Uno enfatiza la razón; el otro, el corazón.

Los dos están sujetos a una calificación inmediata y directa por parte del auditorio. En el caso del actor, ésta es más obvia: el aplauso o el abucheo. En el caso del profesor, es más sutil: no hay aplausos pero hay ojos que se encienden o preguntas que se suscitan; también puede haber bostezos o párpados pesados a punto de cerrarse.

No estaba pensando en esto esa mañana. El día se iniciaba como tantos otros: despertando a mis hijos para llevar a cabo ese asombroso operativo comando que consiste en lavarse, vestirse, desayunar y aprestarse para ir al colegio en sólo media hora.

Esta vez había algo distinto, sin embargo. Me esperaba una invitación al colegio de mi hijo Francisco para hablar sobre mi actividad profesional, mi trabajo. Ya lo habían hecho otros padres. No sé si ellos habrán sentido alguna duda o aprensión, pero, ¿qué podía preocupar a un profesor universitario que ha dictado varias clases por semana durante años? No era la primera vez que visitaba el aula, pero sí la primera que me encontraba como el único padre frente a todos los alumnos. La maestra me presentó breve e informalmente y yo, seguro y confiado, me dispuse a dar una clase más.

Estaba preparado. Me había preguntado a mí mismo cómo explicar a esos niños de ocho años de qué se trataba la economía, y se me había ocurrido contarles cómo era un día normal de trabajo, incluyendo algunos detalles, y así lo hice: llego a la oficina, me siento frente al escritorio y enciendo la computadora. Mientras tomo un café, comienzo a hojear los diarios económicos en busca de las noticias y los análisis más importantes del día. Luego, como consultor en la materia, probablemente escriba alguna opinión o comentario sobre lo que está pasando en el país, o tal vez algún artículo para un diario local o extranjero. También hago y recibo varias llamadas telefónicas, preparo alguna clase o continúo con una investigación.

Si ésas eran las formas, luego abordé el contenido. Lo hice con absoluta conciencia del nivel de la audiencia que tenía enfrente. Ejemplos simples, conceptos sencillos. Al terminar, la maestra pidió un aplauso que los chicos

brindaron con gran entusiasmo. Me despidieron como a un amigo más.

Me fui muy contento, porque había contribuido directamente a la educación de mi hijo y de sus compañeros y había podido utilizar para ese fin mi experiencia de profesor. Llegué a la oficina, prendí la computadora...

Poco tiempo después, el colegio organizó una exposición de trabajos realizados por los alumnos. Dibujos, pinturas y maquetas se desplegaban en grandes mesas y carteleras. En una de éstas, se exhibían los comentarios escritos por los chicos acerca de aquellas visitas; conclusiones tales como «El papá de Fulano es arquitecto y construye casas», «El papá de Mengano es médico y cura a los enfermos», o «tiene un negocio y vende zapatos». Sólo uno comentaba mi visita: «El papá de Krause lee el diario y toma café».

Volví a mi casa a buscar en los libros de economía algunas ideas que me hubieran permitido llegar mejor a esa particular audiencia. Pero encontré textos como el siguiente, donde un economista considera el hecho de que cada uno de nosotros, al elegir un pantalón en lugar de un saco, o alquilar un video en lugar de comer una hamburguesa, revela una preferencia:

Sea X el conjunto de todas las alternativas. Para cada subconjunto S de X un «conjunto de opciones» $C(S)$ representa los elementos escogidos de S . Una «función de elección» es una relación funcional que especifica un conjunto de opciones (S) en el dominio particular K de subconjuntos no vacíos de X . Podemos representar a

esta función de elección como «Q»), o más laxamente como C(S) tomando a S como variable dentro de K.¹

Meses más tarde, un evento fortuito me brindó la posibilidad de intentar reivindicarme después de tamaña derrota.

Durante 1985, una compañía de teatro inglés había recorrido con éxito varias ciudades de los Estados Unidos interpretando *Nicholas Nickleby*, la obra de Charles Dickens. En ese entonces, la noticia me llamó la atención en dos sentidos: me gustó el nombre para mi hijo en camino y, además, me sentía en deuda con el escritor inglés porque conocía su historia pero no había leído su obra.

Nombré a mi hijo Nicolás, pero nunca me hice tiempo para leer el libro. Unos meses después, esperando entre una clase y otra, tuve la suerte de encontrar una versión completa de esa obra en inglés, en un comercio de libros usados cercano a la universidad.

Apenas pasadas las primeras páginas, me topé con Ralph Nickleby, ese personaje detestable, avaro, codicioso e inescrupuloso. El relato llegó en seguida a la descripción de la escena en la cual se pretende crear un monopolio de la distribución de pastelitos y rosquillas en Londres. Quedé absolutamente sorprendido por la exactitud del argumento en relación con los principios fundamentales de la economía, las opiniones de los participantes y la ulterior intervención de los legisladores.

¹ AMARTYA SEN, *Choice, Welfare and Measurement*, Cambridge, Harvard University Press, 1982, p. 42.

El pasaje era una descripción exacta de los criterios sostenidos por quienes buscan el amparo del Estado para evitar la competencia y lucrar en perjuicio de los consumidores, y también una muestra clara de que sólo el poder policial del Estado puede imponer un monopolio. Quedé asombrado. Dickens no había tenido intención de analizar un aspecto de la teoría económica, pero su ejemplo era mucho mejor que decenas de tratados y ensayos sobre economía. Tal vez, en aquella clase, si hubiera hablado de Dickens...

El libro mostraba, además, en forma sencilla, conceptos básicos que aún hoy funcionarios de los más altos niveles y economistas destacados manifiestan de manera equivocada. Obviamente, Dickens no era economista. Pero sí era un agudo observador de la vida cotidiana, tras cuyo velo funcionan irremediamente nuestras conocidas leyes económicas.

Para entonces me había cansado también de leer libros de economía y trataba de evadirme de esta mundana realidad leyendo algo que me llevara lo más lejos posible. La física era un tema apropiado. Nada más alejado de la evolución de las tasas de interés o del dólar que especular sobre los orígenes del universo o conocer los experimentos que llevan a descubrir nuevas partículas subatómicas y sus correspondientes teorías.

En uno de esos libros encontré una referencia a Jonathan Swift y *Los viajes de Gulliver*. El autor trataba de demostrar hasta dónde pueden llevar los esfuerzos científicos mal dirigidos, presentando como ejemplo la visita de Gulliver a la Academia de Lagado, donde los

científicos buscaban extraer rayos de sol de los pepinos o construir casas empezando por el techo. La cita me fascinó y busqué rápidamente el texto original. Encontré allí una refutación inimitable de los derroches del gasto público, escrita en el siglo XVIII, cuando aún nada se sabía de los burós planificadores y las secretarías de planeamiento, pero los reyes absolutistas cumplían tareas similares.

Estos dos descubrimientos —los textos de Dickens y de Swift— se presentaron como una atrayente solución para el problema que había afrontado en aquella aula del colegio. Podían indicar una forma de transmitir los conceptos fundamentales de la economía en términos accesibles y de un modo mucho más divertido y revelador, mostrando que son tan sencillos como los cuentos mismos.

Comencé mi búsqueda por los grandes títulos de la literatura. Leyéndolos y deslumbrándome con ellos, descubriría infinidad de ejemplos relativos a todos los campos del interés económico. Pero a poco de meditar, no me pareció tan extraño. Después de todo, la literatura habla del ser humano, de la acción humana, dentro de cuyo ámbito encontramos la economía. No siempre hallaba un ejemplo claro, sencillo y divertido; pero siempre había alguna referencia. Recuerdo, por caso, que en *Veinte mil leguas de viaje submarino*, de Julio Verne, no encontraba ejemplos que terminaran de atraparme. Sin embargo, cuando el profesor Pierre Aronnax, ya embarcado en el Nautilus, visita la biblioteca del capitán Nemo, menciona que se habían seleccionado allí los mejores libros de la Tierra en geología, historia, arte, ciencias, pero explíci-

tamente no había ninguno de política económica.² ¿Por qué razón?: el libro no lo dice.

Cuando el profesor pregunta con qué fondos se construyó el submarino, Nemo le contesta que posee vastas riquezas, «suficientes para pagar la deuda externa de su país». Apenas podía resistir la tentación de convocar a los argentinos a lanzarnos al unísono en la búsqueda del *Nautilus*, pero no debía alejarme de mi verdadero objetivo: descubrir el mejor modo de explicar la economía a mis hijos. Porque se trata también de explicar la vida, un aspecto de ella que está siempre presente en nuestras decisiones, no importa el destino que tratemos de darle.

Lo que encontré en mis lecturas está en estas páginas. Los invito a que se sumerjan en ellas conmigo. Tal vez, incluso, encuentren un libro de economía política digno de estar en la biblioteca del capitán Nemo.

² JULIO VERNE, *Vingt Mille Lieues Sous les Mers*, París, Librairie Générale Française (1869-1870) 1968. «Libros de ciencia, de moral y de literatura, escritos en todos los lenguajes, abundaban; pero no vi ni una sola obra de economía política; parecían ser severamente prohibidos a bordo». (Livres de science, de morale et de littérature, écrits en toutes langues, y abondaient; mais je ne vis pas un seul ouvrage d'économie politique; ils semblaient être sévèrement proscrits du bord) (p. 107).

UNO
DE LA ÉTICA A LA ECONOMÍA
Smith, Mises y Borges

